

ENGAÑOS Y MENTIRAS



No es fácil saber cuando nos están engañando, pero la condición humana, en general, es confiada, a excepción de esa cada vez mayor número de personas a los que a pesar de haberse educado en prestigiosos colegios y universidades, piensan que pueden con todos, que sólo cuenta ganar y llevarse a los otros por delante. Que los demás nos somos más que piezas de un ajedrez con el que jugar; se nos puede comer, o incluso tragar, eso da lo mismo. Me viene esto a la cabeza al saber más datos de las últimas detenciones en la urbanización, mientras escucho a ciertos hijos de estos desaprensivos, de menos de dieciocho años, hablando cada uno por su móvil.

-Es imposible que a mí me cojan tío –dice uno.

-A mí mucho menos, yo estoy de vuelta tío –asegura el otro adolescente desvalido con la cara llena de granos por el acné y un pitillo en la boca; pero lleva ya escritas en la cara las imborrables marcas de la desfachatez, el delito y el mal ejemplo recibido.

Y yo, que he pasado de los cincuenta, cada día me quedo perplejo con lo que debemos ver; funcionarios públicos jugando a play boys. Auténticos muertos de hambre, sin oficio ni beneficio, que pretenden aparentar que son jeques árabes. Señoras de más de cuarenta jugando a las quinceañeras, y una pléyade de imbéciles varios que se mueven entre nosotros tratando de marcar tendencias.

También es una cuestión elemental suponer que vivimos en cierta paz. El otro día presenciaba perplejo el impresionante despliegue de la policía en la casa de al lado, al parecer en una operación para detener a unos delincuentes peligrosos, que guardaban un impresionante alijo de drogas, que eran movidas por el pacífico Puerto de Sotogrande. Nada habíamos presenciado nosotros, ni sospechado siquiera que quienes encendían las luces en la casa de al lado podían haber puesto en peligro nuestras vidas, a nada que se les hubieran torcido las cosas, o se hubieran visto acorralados. Es la segunda vez que esto sucede en la misma vivienda. Parece que nada es lo que parece. Que el mundo del dinero está empeñado en que todo valga. Que se pueda usar un puerto para el deporte y el placer para hacer el mal. O convertir las viviendas de la urbanización en nidos de delincuentes y sinvergüenzas con tal de alquilarlas.

Pero la culpa es de quienes no miran. De quienes los reciben y acomodan. De los que les ayudan de forma indirecta no cumpliendo con sus obligaciones ciudadanas. De todos esos que están empeñados en enriquecerse a cualquier precio, a mentir, a medrar a costa de lo que sea, y que miran para otro lado, a pesar de las claras evidencias que les llegan. Son demasiados los delincuentes que estamos recibiendo en la urbanización. Son excesivos los silencios de quienes tienen motivos para sospechar.

Las sociedades se construyen a base de apoyarse los unos en los otros. Pero cada vez son más evidentes los frutos de esa educación catastrófica de corte anglosajón en la que se predica que cada uno sólo debe mirar para sí, y escalar posiciones. La hipocresía está ganando la batalla, y llegará un tiempo no muy lejano en el que tendremos que vivir rodeados de gentuza para que unos pocos hagan su agosto. Todos sabemos quiénes son los que se están enriqueciendo con estas llegadas de delincuentes que van minando día a día nuestra seguridad. La sociedad debe desenmascararles, apartarles y denunciarles.